

---

## La investigación en lo construido como apoyo a la restauración del Patrimonio Arquitectónico

La investigación histórica a través de las excavaciones arqueológicas, los documentos escritos, los estudios artísticos o cualquier otra disciplina, sitúa al profesional ante aquellas obras en las que puede inspirarse para renovar su mundo cultural. Con este bagaje, los arquitectos, historiadores, arqueólogos, documentalistas, restauradores o mecenas aprecian la arquitectura del pasado a su manera, según su información. Y cada uno de ellos se enfrenta al Patrimonio Histórico desde un punto de vista distinto, adoptando posturas diversas y eligiendo un camino diferente. Pero todos han de partir de un elemento común para comprenderlo y valorarlo: el conocimiento previo del objeto patrimonial.

**FUNDAMENTOS TEORICOS** Se ha afirmado ya repetidas veces por diversos autores, Antonio Almagro Gorbea a la cabeza de ellos, la importancia del conocimiento previo del edificio antes de iniciar su restauración o rehabilitación, sustentándose tal premisa en una minuciosa toma de datos. La importancia de esta fase previa viene dada por el hecho de que toda intervención sobre el Patrimonio ha de conllevar ineludiblemente un conocimiento profundo de la realidad de la obra sobre la que se pretende intervenir.

La confección de una sólida documentación gráfica que plasme la «forma geométrica» de la construcción se ha considerado, hasta ahora, como el aspecto más importante de esta fase previa, entre otros motivos porque la legislación vigente obliga a su inclusión como documento definidor de las actuaciones sobre el objeto arquitectónico. Con esta documentación básica se puede determinar la intervención a realizar, ya que permite conocer la construcción en su estructura, estado y concepto. Pero esto será a todas luces insuficiente sin un análisis más detallado y profundo, que ayude a comprender el hecho arquitectónico en toda su extensión y con todas sus circunstancias, cual sería el análisis arqueológico de la edificación, que nos dará a conocer la superposición de estructuras y la cronología de cada fase de construcción, inserta en la evolución histórica tanto del monumento en sí mismo como del marco donde se desarrolla.

Cuando hablamos de análisis arqueológico no nos referimos exclusivamente al estudio y documentación de lo soterrado, sino también —y sobre todo— de lo emergente. Y es que la cota cero no debe señalar el límite de la investigación en un edificio singular en vías de restauración-rehabilitación, sobre todo cuando forma parte del conjunto histórico de una ciudad que se caracteriza por una fuerte superposición de períodos de ocupación. Incluso puede tener más importancia el análisis arqueológico de lo emergente, aunque sólo fuese por el razonamiento simplista de que proporcionalmente son más metros cúbicos los del volumen del edificio que los que componen sus cimientos. El conocimiento del estado de aquéllos, las relaciones del edificio con posibles restos anteriores —de los que pueda ser continuación y en los que se funde— son algunos de los motivos de la investigación del subsuelo. Los objetivos del análisis de lo emergente son quizás más numerosos y variados: conocimiento del proyecto primigenio, constatación de reformas, añadidos y operaciones derivadas de usos diferentes a través del tiempo, recuperación de las huellas dejadas por modas pasajeras, etc.

Por tanto, la intervención con metodología arqueológica ayudará a comprender el monumento en su complejidad, con las vicisitudes que afectaron a su creación, evolución, transformación, deterioro y, a veces, casi su destrucción. Para su recuperación integral, para un conocimiento completo —desde su origen a la actualidad— de las circunstancias en que se construyó, cómo se realizó, por qué así y no de otro modo, con qué finalidad se levantó... es imprescindible el análisis arqueológico. Y da igual que la intervención sobre el Patrimonio arquitectónico sea para restaurarlo (devolviéndole su estado primitivo) o rehabilitarlo (asignándole un nuevo uso). El análisis arqueológico ayudará a uno u otro tipo de intervención, ya que de él podrán deducirse, por una parte, pautas o criterios precisos de intervención y, por otra, su nuevo destino en razón de evitar distorsiones o alteraciones en su unidad.

En resumen, el edificio singular como documento histórico no se llega a conocer sin el análisis arqueológico. La intervención sobre ese documento, Patrimonio Histórico, conlleva el descubrimiento de un mensaje, y los datos que aporte hay que documentarlos y transmitirlos al conjunto de la sociedad, que debe ser la depositaria última de toda esa información. Los levantamientos planimétricos y la fotogrametría consiguen plasmar la realidad del edificio previa a la intervención, su «estado actual», en donde quedan reflejados los detalles externos, pero no lo oculto bajo los acabados de los muros ni en cotas inferiores.

No es fácil dar normas o criterios para la realización del análisis arqueológico de un edificio, no es fácil —con la teoría en la mano— descender a la realidad, porque cada edificio conserva los datos necesarios para ser interpretado y elaborar su historia, y debemos saber encontrar y leer estos datos antes que nosotros mismos los destruyamos.

**PRAXIS. MODELOS DE INTERVENCION** Hasta fechas recientes, en los procesos de rehabilitación se ha acudido, a veces, a la colaboración de un arqueólogo cuando se hacía imprescindible intervenir en el subsuelo. Pero no se realizaba una interpretación del hecho arquitectónico o se dejaba en manos de otros especialistas a los que, quizás, se consideraba con más capacidad de síntesis para relacionar los datos históricos y analizar el edificio espacial y/o estilísticamente. Parecía aconsejable que el arquitecto conociese todas estas técnicas y comprendiese tanto la sociedad como la arquitectura de la época.

Llegados a este punto habríamos de preguntarnos quién es el profesional idóneo para llevar a la práctica todas aquellas operaciones que incidirán en el mejor conocimiento y comprensión global de la obra arquitectónica. La lectura de un edificio por diversas personas, según su profesión, intención y claves que aquel contenga, serán diferentes y válidas cualquiera de ellas, pero incompletas. El historiador, aunque las detecte, no conoce las patologías del edificio, ni sus causas o soluciones; el arqueólogo sólo puede llegar a intuir el significado de las técnicas de arriostramiento de una construcción; el restaurador no conoce la época en que se tabicaron unas pinturas murales; el arquitecto no está obligado a saber el taller de procedencia de la cerámica arquitectónica del edificio, etc. En algún país europeo la solución a estas carencias se ha subsanado con la creación de una especialidad, la Investigación de la Construcción, ejercida por un técnico cualificado como investigador de la Construcción. Nosotros hemos apostado por la intervención interdisciplinar, en la que todos y cada uno de los especialistas al servicio del conocimiento de la historia del edificio actúan bajo la dirección de uno de los técnicos, hasta ahora el arquitecto, responsable de la intervención sobre el Bien Patrimonial. No obstante, opinamos que, de entre todos ellos, es el arqueólogo el que más se acerca por su forma-

ción y práctica a esa figura que ha de servir de engranaje entre cada una de las disciplinas y como procesador de toda la información obtenida. El propio método arqueológico y los resultados recabados están en esta línea.

En los últimos años el método arqueológico ha sufrido una importante revisión, que ha incidido en la consecución de mejores resultados, no sólo en la arqueología de lo soterrado sino también de lo emergente, a pesar de que la realidad actual de las excavaciones arqueológicas por vía de urgencia-emergencia y seguimientos de obras en edificios en proceso de restauración o rehabilitación no contempla estos aspectos ni siquiera desde la propia mentalidad de muchos arqueólogos, arquitectos o de la propia Administración, destinándose personas, tiempo, esfuerzos y presupuesto para la arqueología tradicional, pero no tan fácilmente para el análisis arqueológico de la construcción. Mientras tanto, la situación se ha venido salvando mediante la improvisación, a falta del reconocimiento de medios, métodos y recursos: seguimiento fotográfico de los trabajos realizados por las empresas constructoras, catas estratigráficas de revestimientos y lecturas de paramentos, investigación de zonas de contacto entre espacios a la búsqueda de secuencias evolutivas generales de la ocupación de un edificio, etc. Los resultados de estas diversas operaciones aportan datos básicos para comprender el sistema de superposición, adosamiento o anulación de unas fases constructivas por otras. En esencia esta labor arqueológica permite la identificación de fases apoyándose fundamentalmente en el principio básico de la estratificación, así como en la cronología relativa que aporta el registro arqueológico. En este sentido es clave la excavación de alzados y cubiertas de las estructuras previa o simultáneamente a su desmantelamiento.

De esta manera de entender la intervención arqueológica en edificios singulares, son pioneros los trabajos realizados en la Cartuja de Santa María de las Cuevas, el Palacio de Altamira, la Casa de Miguel Mañara y el Real Monasterio de San Clemente, todos ellos en nuestra ciudad.

## EL FUTURO DE LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA EN EL PATRIMONIO HISTORICO ANDALUZ

La teoría hace algún tiempo que existe y escrita está, la práctica ha sido posible llevarla a cabo en los casos en que se han conjugado circunstancias favorables y voluntarismos. Pero ¿qué ocurrirá de aquí en adelante?, ahí tenemos la utopía, en nuestras ciudades, en su caserío llano (el que rodea a palacios, cartujas y monasterios) esos edificios no singulares en sí mismos pero que conforman barrios singulares de una ciudad singular. Y sin embargo, ese patrimonio arquitectónico con minúscula, ya degradado de antiguo, puede ir desapareciendo y con él iremos perdiendo nuestras señas de identidad, las que nos han caracterizado y diferenciado, haciéndonos atractivos a la mirada del resto. ¿Nos levantamos una mañana con la voluntad de declarar Bien de Interés Cultural todo lo que nuestra vista alcanza?

Según recoge nuestra recién estrenada Ley del Patrimonio Histórico de Andalucía, se constituye el Catálogo General del Patrimonio Histórico Andaluz en el que quedarán inscritos los **bienes muebles, inmuebles y manifestaciones o actividades culturales** que constituyen nuestro Patrimonio Histórico siendo los propietarios, titulares de derechos o poseedores de estos bienes (aunque no se hallen catalogados) los responsables de su cuidado, custodia y mantenimiento por sí mismos o a instancias de la Consejería de Cultura y Medio Ambiente. Asimismo, se regulan los Proyectos de Conservación y Restauración que deberán inscribirse por el técnico competente y donde se especificará la **propuesta de actuación teórica, técnica, económica y la metodología a emplear**. Pero la ley va incluso más allá, especificando que en los bienes

de inscripción específica deberá concretarse tanto el bien objeto central de la protección, como el espacio que conforme su entorno que gozará del mismo régimen jurídico que el inmueble.

Por tanto, tenemos ahora la oportunidad de ir hacia la utopía, de alcanzarla, en uno de los barrios más singulares de Sevilla, el de San Bartolomé. En él se nos encomendó, por parte de la Consejería de Cultura y Medio Ambiente, el seguimiento arqueológico de las obras de urbanización que allí se llevan a cabo desde 1991. Estas incluían la renovación de tendidos subterráneos de energía eléctrica, telefonía, agua potable y residuales, así como nuevas pavimentaciones y adecentamiento de las fachadas del caserío. La experiencia, que está siendo rica en resultados en aquellos trabajos que conllevan remociones de tierra —con un conocimiento amplio del viario antiguo, de las diversas cercas de la ciudad, etc.— ha resultado espléndida en el apartado de lo emergente. En este sentido, la metodología seguida ha sido la simple revisión de las fachadas del barrio, reuniéndolas en bloques por amplias cronologías. Esta clasificación sirvió para la confección de seguimientos prioritarios según la importancia de los edificios y su cronología, imperando, ante la imposibilidad física de documentar varios al mismo tiempo, un criterio en que se vigilaban prioritariamente los edificios más afectados por el tiempo, los más necesitados de reparación y los de los siglos XVI y XVII. Por el momento, se ha realizado el seguimiento de sesenta y dos remozados de fachada con unos resultados muy válidos para el conocimiento de la historia del barrio: en el siglo XVIII fue general el acabado de fachadas de estuco pintado imitando obra de ladrillo, almohadillado o mármoles; los edificios quedaban coronados en su última planta por un mirador de arcos abiertos que ocupaba parte o toda la fachada. El siglo XIX eliminó la apariencia de esta planta superior, cegando los arcos y abriendo balcones de barandas al gusto de una época en que mandaron historicismos y eclecticismos; la canalización de las aguas de lluvia desde los tejados se oculta en el muro. Proliferan en este siglo zócalos de hierro, bajantes, tornapuntas, cierros, etc., todo ello de fundición. La novedad del uso de la cal en las fachadas parece extenderse desde principios del siglo XIX, y la almagra en los zócalos se divulga en sus finales. El color calamocho se sobreusa tras la exposición de 1929. Los azulejos de Levante se extienden por los zaguanes entre los años 30 y 60 de dicha centuria; coincide también con esas fechas la apertura visual de los patios a la calle por medio de las cancelas de los zaguanes. Finalmente, hemos comprobado cómo estas características son comunes con las de otras zonas de la ciudad cercanas a San Bartolomé (San Nicolás, San Esteban y Santa María la Blanca).

¿Arqueología vertical? ¿Arqueología de lo emergente? ¿Arqueología volumétrica? La denominación no debe ser lo importante, ya se acuñará el vocablo, pero estamos seguros de que trabajos en los que se contemplen todos los aspectos que en esta obra se recogen ayudarán a un conocimiento más amplio y profundo de la arquitectura de nuestra ciudad, de la historia de la construcción y, por supuesto, de nuestro Patrimonio Histórico.

Diego Oliva Alonso  
Isabel Santana Falcó